

I. La muerte baja en el ascensor

El automóvil se detuvo frente a una casa de departamentos en una de las primeras cuadras de la calle Santa Fe, donde esta se abre sobre una perspectiva a través de la plaza de San Martín. A las dos de la madrugada los escasos vehículos se deslizaban por la calzada reluciente de humedad en medio de la niebla fría de la noche de agosto.

Las siluetas de los transeúntes se precisaban sobre un fondo de aislamiento y de soledad. A pesar de que apretaban el paso, hostigados por la temperatura y por lo avanzado de la hora, su andar tenía la vaguedad de la marcha de los sonámbulos. El afán por llegar a sus casas los espoleaba. Aun una habitación solitaria o poblada de penosos recuerdos es un hogar cuando la noche y el invierno imperan en la calle y cuando se adivina, detrás de las ventanas cerradas, el olvido en el sueño feliz o agitado por las preocupaciones que cobran la absurda y desviada forma de la pesadilla.

Pancho Soler dejó caer el cuerpo sobre la portezuela del automóvil para abrirla. Encuadrada dentro del parabrisas, la doble hilera de edificios se proyectaba inacabablemente. El estrujón de la náusea lo obligó a cerrar los párpados en busca de un equilibrio. Cuando los volvió a abrir las ondas de la luz se concentraban en un foco amarillento como en una mal pintada luna.

Por la abierta portezuela asomaron un par de piernas fofas como si fueran de algodón, Pancho Soler sacaba la cara al aire helado de la noche con la avidez de la carpa que surge de las aguas.

La acera, extendida como un abismo de monótonas baldosas entre el coche y la puerta de la casa, le inspiraba miedo. Se decidió a cruzarla con desconectados pasos, que en vano trataba de encauzar, enfurecido por el desgaste de atención que le exigían los actos más simples.

Con todo, se había divertido... siempre se divertía con Luisita... una gran muchacha que sabía apreciar las copas... el recurso era bueno para que no protestara después porque la dejaba sola... las mujeres inevitablemente concluyen por decir que se las deja solas.

La luz del vestíbulo estaba encendida. Si se apresuraba llegaría hasta el ascensor antes de que transcurrieran los tres minutos reglamentarios. El tablero de luces marcaba el número 6, la portería. ¡Qué fastidio! Acabaría por quedarse a oscuras antes de que el ascensor llegara a la planta baja.

Apoyado contra la puerta de cristales esmerilados, Pancho esperó mientras los rojos botones se encendían y apagaban sucesivamente. Una borrosa languidez trepaba por sus miembros e invadía su cabeza. Notó de pronto que el hueco se había llenado con la luz de la caja y que al mismo tiempo, como en una coreográfica combinación, el vestíbulo quedaba a oscuras.

Alguien había descendido en el ascensor. Se entreveía una forma borrosa del otro lado de la puerta. Pancho se hizo a un lado, sin dejar de apoyarse contra la pared, para dejar paso a la persona que viajaba dentro del ascensor. Pero la puerta de este permaneció obstinadamente cerrada, revelando simplemente con los contornos de las sombras chinescas el bulto acurrucado en un rincón.

—Debe de ser una mujer —refunfuñó Pancho—. Estas mujeres siempre esperan que uno lo haga todo... —una simple reflexión que hubiera hecho las delicias de algún psicoanalista.

Tiró de la puerta, con una sonrisa en reserva por si de veras se trataba de una mujer. Podía ser joven y bonita. La silueta femenina, casi desplomada contra el espejo del fondo, ablandó su

corazón que los vapores del alcohol enternecían. El espejo repetía la inadecuada posición de aquella desconocida arrebujaada dentro de un tapado de pieles oscuras. ¡Pobrecita! No demostraba en absoluto la oportuna intención de moverse de aquel lugar. Debía de sentirse peor que él...

Un velo de irrealidad envolvía los impulsos solidarios de Pancho cuando se acercó a la mujer y observó que era joven y rubia. Parecía atrozmente pálida. El fastidio de Soler se disipaba a medida que constataba los sucesivos detalles, su egoísmo no era, al fin de cuentas, el producto de una resentida actitud de adulto; conservaba, en cambio, la integridad inocente y la estabilidad del egoísmo de los niños.

Solo resultaba antipática aquella atmósfera de paredes movedizas, que la luz espectral del espejo reproducía, iluminando a la mujer caída con el rostro semioculto en el cuello del abrigo de pieles. Un mechón de cabellos rubios se deslizaba lánguidamente sobre la mejilla con sugerencias de intimidad. Pancho Soler estiró la mano y apartó los cabellos; al hacerlo, sus dedos rozaron la piel... Instantáneamente una horrible sacudida lo conmovió hasta paralizarlo. Inconsciente del sentido de su gesto, Pancho Soler palpó las manos de la desconocida. El sonido de su propia voz lo sorprendió con una involuntaria invocación:

—¡Dios mío!

Tuvo luego conciencia de que el suelo adquiriría firmeza bajo sus pies. El espejo reflejaba la imagen de un semblante descompuesto y extraño, y el vestíbulo en sombras se precisaba a su alrededor como el tétrico pozo donde uno despierta al borde aún de la pesadilla. Sentía la invencible necesidad de estallar en protestas. ¿Por qué le ocurría eso, precisamente a él? ¿Si por lo menos Luisita hubiera insistido para que se quedara con ella! Habría sido menos engorroso, al fin y al cabo...

Sintió de pronto que sus piernas tropezaban contra un blando reborde. Había retrocedido, como si el estupor se hubiera apo-

yado en su pecho como una imperativa mano, y ahora chocaba contra la pared del vestíbulo a lo largo de la cual se extendía un diván de terciopelo castaño. Pancho Soler se dejó caer pesadamente sobre el asiento con los ojos clavados en la escena del ascensor que la distancia destacaba mejor.

*

Adolfo Luchter cruzó casi a la carrera la calle Santa Fe, el frío moría las mejillas y le traía el recuerdo desagradable de noches desoladas, cuando el día siguiente solo se presentaba como una pesada seguidilla de amargas horas de lucha en la ciudad desconocida.

En el mismo momento en que se disponía a abrir la puerta de calle, vio la figura de Soler lamentablemente derrumbada sobre el diván del vestíbulo. ¡Lo de siempre! Imposible llegar a la casa a altas horas de la madrugada sin tropezar con alguna de las manifestaciones del extravagante aburrimiento de aquel. O estaba de juerga en la casa con otras personas tan convencidas como él de que el dormir a determinadas horas de la noche significa la total ausencia de la personalidad o era preciso recogerlo en la puerta y ayudarlo a subir hasta su departamento e incluso meterlo en la cama cuando las manifestaciones habían sido excesivas. La voluntad de Luchter, tendida hacia la acción constructiva, se rebelaba contra las gentes como Soler, para quienes la vida solo representa ser un molesto y prohibido juego.

Al ver entrar al médico, Soler se precipitó hacia él, obligándolo a sostenerlo para evitar que cayera. Luchter notó sus ojos vidriosos. Un ligero fruncimiento de las cejas rubias fue la única señal de su enojo.

Mientras se dirigía hacia la llave de la luz para encenderla, el otro no le soltaba el brazo. Casi se dejaba arrastrar. Murmuraba unas pastosas palabras como si la lengua debiera de dar muchas vueltas dentro de la boca para alcanzar a modularlas. Su mano